

9 de julio de 2022 - Sábado de la 14ª semana - año par

[Is 6:1-8; Mat 10:24-33](#)

Homilía

En la última de las bienaventuranzas (Mt 5,10-12), Jesús declaró dichosos a los que son perseguidos por causa de la justicia. Benditos seáis -dijo- cuando la gente os insulte y os persiga y diga toda clase de mal contra vosotros falsamente por mi causa. Y añadió: "Porque así persiguieron a los profetas que os precedieron". El pasaje del Evangelio que acabamos de leer comenta y explica de alguna manera esta bienaventuranza.

En el pasaje inmediatamente anterior al texto que leemos hoy (y que escuchamos ayer), Jesús había enviado a sus discípulos a una misión, diciéndoles que los enviaba como corderos en medio de lobos. Aunque les dijo que fueran cándidos como palomas, pero cuidadosos como serpientes, predijo que serían traicionados por sus seres queridos, perseguidos, arrojados a la cárcel; y que serían odiados como él mismo es odiado.

A pesar de todo, les dijo: "¡No tengáis miedo! -- una expresión que se repite como un estribillo a lo largo de este breve texto. No temas a los que pueden destruir tu cuerpo, pero no pueden dañar tu alma, tu persona. Teme sólo a Dios, que puede enviarte al infierno. Pero se apresura a añadir que Dios es un padre que se preocupa por todos los detalles de nuestra vida, incluido, añade sin duda con humor, el número de nuestros cabellos.

Jesús, durante su interrogatorio por Pilato, le dijo que había venido a este mundo para dar testimonio de la Verdad (Juan, 18:37). Llama a todos sus seguidores a no transigir nunca con el mensaje del Evangelio, a llamar a las cosas por su nombre, a decir "sí" cuando es "sí" y "no" cuando es "no". Los que son fieles a la verdad en cualquier ámbito pagan un alto precio, a veces con su vida.

Cuando el cristianismo se extendió en las primeras generaciones cristianas, el Imperio Romano, que todavía dominaba gran parte del mundo, tenía su propia religión estatal, para la que cualquier otra religión era vista como una amenaza. Por eso, los primeros mártires cristianos fueron condenados a muerte simplemente porque profesaban la fe en Jesús y su mensaje, y podrían haber salvado sus vidas negando esta fe. Y así fue como se consideró "mártires" a aquellos que fueron condenados a muerte "in odio fidei" (por odio a la fe).

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Los numerosos mártires del siglo XX y ahora del siglo XXI rara vez son asesinados explícitamente por odio a la fe. Los que los matan no se preocupan por la fe en absoluto, ni siquiera para odiarla. Estos mártires mueren por su fidelidad al mensaje del Evangelio y a su verdad. Suelen ser asesinados por los poderosos de este mundo, a quienes les molestan porque se ponen del lado de los pequeños, de los pobres, de los oprimidos. Molestan porque anuncian, o simplemente porque viven de verdad, el mensaje evangélico de compartir los bienes, de respetar la dignidad humana, de perdonar las ofensas.

En nuestra oración de hoy, llevemos a todos aquellos que, en nuestros días, bajo diversos tipos de regímenes totalitarios, o ante nuestras orgías de violencia que responden a otras violencias, siguen exponiéndose a la persecución e incluso arriesgando sus vidas en defensa de los oprimidos y en la fidelidad vivida a los valores evangélicos de compartir, perdonar y amar.

Armand Veilleux